

TIMOTHY RADCLIFFE, O.P.

**¿QUÉ SENTIDO TIENE  
SER CRISTIANO?**

**El atisbo de la plenitud en  
el devenir de la vida cotidiana**

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
1. “¡A LA AURORA VOY A DESPERTAR!” .....	23
2. RECUPERAR LA ESPONTANEIDAD .....	55
3. EL MAR EN CALMA .....	85
4. “NO TENGÁIS MIEDO” .....	115
5. LA FUERTE CARGA EMOCIONAL DEL CUERPO .....	147
6. UNA COMUNIDAD EN ESPÍRITU Y EN VERDAD .....	181
7. YO SOY PORQUE NOSOTROS SOMOS .....	209
8. CIUDADANOS DEL REINO .....	231
9. LA CONMOCIÓN RADICAL .....	265
10. LA CRÍA DE OSOS PANDAS .....	287
11. SIN EL DÍA DEL SEÑOR, NO PODEMOS VIVIR .....	309
CONCLUSIÓN .....	331
BIBLIOGRAFÍA .....	337

## INTRODUCCIÓN

“¿Por qué razón tiene uno que ser cristiano?”, me preguntó hace poco un amigo. Tengo que admitir que la pregunta me cogió por sorpresa. Yo mismo había recibido una educación cristiana, pero jamás me había interesado especialmente por mi propia religión hasta que llegó el momento en que comencé a preguntarme si era verdadera o no. Si era verdad que la humanidad estaba destinada a participar de la felicidad inefable que es propia de Dios, éste y no otro tenía que ser el objetivo de mi vida. Pero, de no ser verdad, estaba claro que debía salirme de la Iglesia. De modo que le respondí: “Porque corresponde a la verdad”. Sin embargo, esta respuesta no le satisfizo lo más mínimo. “¿Pero qué sentido tiene ser cristiano? ¿Qué objeto tiene ser cristiano?”.

Era evidente que no acabábamos de comprendernos. Si el cristianismo es verdadero, en tal caso no tiene otro objeto al que aspirar que Dios, que es el objeto de todo. Cuando nos preguntamos qué sentido tiene hacer algo, y en última instancia, en el caso de que nos decidamos a llevar la pregunta lo bastante lejos y si lo que está en juego reviste la suficiente seriedad, acabaremos por desembocar en el sentido de todo, en la finalidad y el objetivo último de nuestras vidas, que es de lo que tratan todas las religiones. La religión que pretenda venderse como algo útil con vistas a algún otro objetivo diferente –porque nos ayuda a vivir una vida más sólida, más firme o más equilibrada, porque nos libera del estrés y de las tensiones o bien nos permite hacernos ricos– está tirando piedras

contra su propio tejado. Si tiene que justificarse en servir a alguna otra finalidad, no puede tratarse de una religión digna de ser tomada en serio. El objeto de toda religión es orientarnos hacia Dios, que es el objeto de todo. A ello se debe que no tenga sentido preguntarse si creer en Dios es “relevante”, porque Dios mismo es la medida de toda relevancia.

Pero mi amigo no se dio por vencido: “¿Qué sacas con ser cristiano? ¿De qué te vale?”. Y entonces comencé a caer en la cuenta de lo que mi amigo quería decir. Las verdades a las que nos mantenemos fieles tienen unas determinadas consecuencias sobre nuestras vidas. Las verdades relativas a la ley de la gravedad y al hecho de que la tierra sea redonda, no dejan de tener sus consecuencias. Podemos diseñar aviones que nos permitan volar, y si salen en una determinada dirección finalmente acabarán volviendo al punto del que partieron. Si las verdades de la enseñanza cristiana no produjeran ningún efecto, ningún fruto en nuestras vidas, ¿qué clase de verdades serían? Si Dios es el sentido de todo, el hecho de ser creyentes, de vivir con la vista puesta en Dios como nuestro objetivo último, tendrá que manifestarse de alguna forma en nuestras propias vidas.

De modo que el cristianismo debe producir algún efecto, aun admitiendo que no nos hacemos cristianos con vistas a alcanzar dicho efecto. En el supuesto, pongamos por caso, de que se pudiera demostrar que los cristianos somos más tranquilos y más relajados por comparación con otras personas, no por ello vamos a instar a los demás a compartir nuestra fe con el fin de que se sientan menos estresados. “Hágase cristiano y dormirá mejor por las noches”. Ello equivaldría a reducir la religión a un mero accesorio útil a incorporar dentro del estilo de vida, al mismo nivel que ir al gimnasio o hacer ejercicio. Equivaldría a vender la idea de Dios como algo útil para mí, a la manera de unas sales de baño o una aromaterapia. Ahora bien, y tan sólo a título de ejemplo, la sola afirmación de que la propia fe pudiera contribuir verdaderamente a sentirnos más relajados y más libres de tensiones, o más felices, o más valientes, sí permite sugerir que las pretensiones de verdad alegadas por el cristianismo no son triviales, y que por tan-

to puede valer la pena detenerse a analizarlas. Si el configurar nuestra propia vida en dirección a Dios como el destino último que nos es propio, genera unas consecuencias tales como el hacernos libres, que será uno de los argumentos que pretendo desarrollar más adelante, no por ello vamos a decirle a la gente: “Tenéis que haceros cristianos, porque el cristianismo os hará libres”. Pero si la gente ve que los cristianos somos libres en un sentido y de una forma que resulta atrayente e intrigante, se interesarán en averiguar la razón, el porqué, y finalmente dicho interés revertirá en el Dios al que adoramos.

El cardenal Suhard, quien fuera arzobispo de París durante los años 40 del pasado siglo, escribió: “Dar testimonio no consiste en ponernos a hacer propaganda ni tan siquiera en excitar a la gente, sino en constituirnos en un misterio viviente. Ser testigo significa vivir de forma que nuestra vida no tendría sentido de no existir Dios”.<sup>1</sup> Los cristianos deberíamos tener algo que desconcertara a los demás y les hiciera preguntarse qué es lo que parece ocupar el corazón y el centro mismo de nuestras vidas.

En el siglo II o III, un cristiano anónimo escribió la Epístola a Diogneto, que analiza lo que diferencia a los cristianos de los demás:

Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su país ni por su habla ni por las costumbres que observan. Pues ni habitan en ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A decir verdad, la línea de conducta que siguen los cristianos no es el producto del talento y la especulación de unas mentes inquietas o curiosas, ni tampoco, como hacen otros, profesan ninguna doctrina meramente humana; sino que, habitando indistintamente en ciudades griegas o bárbaras, según lo que la suerte de cada cual haya determinado, y siguiendo los usos y costumbres de los nativos con relación a la forma de vestir, la alimentación y demás elementos de la vida cotidiana, los cristianos dan muestras de una

---

1. Suhard, *Growth or Decline* [Crecimiento o declive], Notre Dame (Indiana), 1951; citado en Stanley Hauerwas, *Sanctify the Time* [Santificad el tiempo], Edimburgo, 1998, p. 38.

peculiar forma de vida, admirable y, según reconocen todos, sorprendente y llamativa. Permanecen en sus países de origen, pero como meros transeúntes. En su condición de ciudadanos, lo comparten todo con los demás, y sin embargo lo soportan todo cual si fuesen extranjeros.<sup>2</sup>

Se afirmaba, pues, que había algo llamativamente diferente en la forma de vivir de los cristianos, que podía hacer que los demás se detuvieran a reflexionar. En el siglo II Tertuliano escribió que la gente estaba asombrada de cómo se amaban unos a otros los cristianos. ¿Hay algo de asombroso en la forma en que vivimos los cristianos hoy en día?

Existe un hambre espiritual inmensa entre la gente joven. El estudio sobre los valores prevalecientes en Europa realizado en el año 1999, puso de manifiesto que cada vez son más los jóvenes que se definen a sí mismos como personas religiosas.<sup>3</sup> Buscan un sentido a sus vidas. Suelen estar más interesados por la “espiritualidad” que por los aspectos doctrinales y les perturba la idea de pertenecer a ninguna modalidad institucional de religión, lo que tal vez pudiera limitar su autonomía. En palabras de la socióloga Grace Davie, que ha consagrado su interés al estudio de la religión en Europa, estos jóvenes creen sin necesidad de pertenecer.<sup>4</sup> Suelen estar más interesados en otras tradiciones religiosas al margen del cristianismo.

En mi condición de cristiano, creo firmemente que mi fe es una “buena nueva”, que es lo que significa literalmente la palabra “evangelio”. Pero, ¿por qué los jóvenes no lo suelen vivir como una buena nueva, como algo maravilloso y atrayente? ¿Por qué las afirmaciones que hacemos los cristianos a propósito de nuestra fe sue-

2. *Epistle to Diognetus*, en *Ante-Nicene Church Library* [Biblioteca eclesiástica prenicena], Edimburgo, 1867, vol. 1, p. 307. [Edición en español: *Discurso a Diogneto*, V,1-5. En *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, Madrid, BAC, 2002, p. 656].

3. Yves Lambert, “A Turning Point in Religious Evolution in Europe” [Un momento decisivo en la evolución religiosa de Europa], en *The Journal of Contemporary Religion* [Revista de religión contemporánea], vol. 19, n° 1, 2004, pp. 29-45.

4. Grace Davie, *Religion in Modern Europe: A Memory Mutates* [La religión en la moderna Europa: las mutaciones de un recuerdo], Oxford, 2000, p. 3.

len parecer tan poco convincentes o incluso aburridas? ¿Podiera ser porque habitualmente no suele haber nada llamativamente diferente en nuestras propias vidas como cristianos? Las más de las veces no suele haber nada que pueda desconcertar o intrigar a los demás, de forma que nuestras vidas no tendrían ningún sentido de no existir Dios.

A lo largo de los últimos años, todas las Iglesias cristianas han venido haciendo un gran esfuerzo por difundir el evangelio. Sin lugar a dudas, en la Iglesia católica se ha venido hablando muchísimo de evangelización. Las diócesis y las parroquias han diseñado toda una serie de ambiciosos proyectos para dar a conocer nuestra fe. Pero por lo general el efecto ha sido escaso. Hablamos de amor, libertad, felicidad... pero a menos que los demás puedan ver nuestras Iglesias como lugares en los que las personas son libres y valerosas, ¿por qué razón tendría nadie que creernos? Jesucristo hablaba con autoridad, no en el sentido de los escribas y los fariseos, y su autoridad debía residir indudablemente en su libertad y su alegría manifiestas. Sus palabras causaban impresión porque estaban imbricadas en una vida llamativa, que se extendía hasta abarcar a los extranjeros, que festejaba con las prostitutas, que no parecía tener miedo de nadie. Por esta razón, en el presente libro me propongo reflexionar acerca de cuál es la diferencia que la fe puede introducir en nuestra forma de vivir.

Permítanme dejar claro desde un primer momento que lo que tal vez pueda ser llamativamente diferente no es el hecho de que los cristianos seamos mejores que otras personas. No existe ninguna evidencia de que esto sea así. Jesús dijo: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" (Mc 2,17) y así continúa haciéndolo. Jesús comía y bebía con las personas de mala fama. La Iglesia es un hogar para todo el mundo, y especialmente para aquellas personas que llevan una vida desastrosa. Es significativo que el primer cristiano en acceder al Paraíso fuera el ladrón que estaba crucificado al lado de Jesús. Según un antiguo poema siríaco, cuando el ladrón llegó a las puertas del cielo, el ángel que estaba al cuidado de estos asuntos trató de impedirle la entrada ¡porque no era la clase de persona a la que le correspondía estar

allí!<sup>5</sup> De todas formas, una comunidad que fundamentara su existencia en la afirmación de una pretendida superioridad moral, ya no sólo sería repulsiva, sino que inevitablemente invitaría a la gente a buscarnos los defectos y sacarlos a la luz con complacencia. Si la prensa suele atacar con tanta frecuencia a la Iglesia y si los titulares sensacionalistas no dejan escapar ninguno de nuestros pecados, ello parece deberse a que por norma general, si bien equivocadamente, suele darse por sentado que el sentido de ser cristiano no es otro que el de ser mejor que los demás.

Este libro no pretende desentrañar *el* ingrediente específico del cristianismo, el secreto de su sabor, en la misma línea que el enigmático ingrediente especial del Chartreuse\* o de la Coca-Cola. Antes bien, revisará algunos de los diferentes aspectos de la fe cristiana, indagando acerca del modo en que los mismos podrían invitarnos a mirar con recelo la cultura dominante de nuestra aldea global. Son estas diferencias las que darán un sentido a las declaraciones que formulemos a propósito de nuestra fe. Si nuestras vidas no son singulares o incluso raras en cierto sentido, si nos abandonamos al conformismo, nuestras palabras a propósito de la fe serán vacuas.

En nuestra condición de animales lingüísticos, que dotamos a las cosas de sentido en base a hablar de ellas, nuestra fe tiene que expresarse necesariamente en forma de declaraciones. Afirmamos cosas que son ciertas. Pero ya en el siglo XIII el dominico Santo Tomás de Aquino sostenía que el objeto de nuestra fe no son las palabras en sí mismas [*enuntiabile*, el enunciado], sino aquello a lo que las palabras apuntan [*res*, la cosa], esto es, a nuestro Dios, que está más allá de las palabras.<sup>6</sup> Esto no quiere decir que las palabras

5. Citado en Simon Tugwell OP [Ordo Praedicatorum], *Human Immortality and the Redemption of Death* [La inmortalidad humana y la redención de la muerte], Londres, 1990, p. 171.

\* *N. del T.*: Licor francés de color verde amarillento brillante y de prestigio internacional.

6. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* (en lo sucesivo *ST*) II.II.1.2 ad 2. [*N. del T.*: Lo que, siguiendo el sistema de cifras con el que habitualmente se suele citar la *Suma Teológica* (o *Compendio de Teología*) significa: segunda parte, sección segunda, cuestión 1, artículo 2, respuesta a la segunda objeción (*ad secundum*). A menos que se indique lo contrario, todas las citas de esta obra procederán de la versión española de la BAC].

no tengan importancia. Absolutamente todo lo contrario. Las palabras son la escala que nos permite ascender en dirección al misterio. Pero las palabras sólo son auténticos vehículos de comunicación si somos conscientes de que apuntan en dirección a algo que está más allá de ellas mismas.

Hugo de Saint-Cher, otro dominico del siglo XIII, decía que “Primero tensamos el arco con la ayuda del estudio y después lanzamos la flecha con la ayuda de la predicación”. Adaptando esta misma metáfora, podemos considerar nuestras declaraciones de fe como las flechas del arquero. El único objeto de las flechas consiste en apuntar a un objetivo y precipitarse en dirección al mismo. Si el arquero se limitara a deambular de aquí para allá con la flecha colocada oportunamente en el arco, pero sin permitir jamás que se desprendiera de la cuerda, la flecha carecería absolutamente de objetivo. Y lo mismo sucede con nuestras declaraciones de fe. Sólo tienen sentido en el caso de lanzarlas, por así decirlo, en dirección al Dios que está más allá de todos los conceptos. Son los aspectos desconcertantes de la vida cristiana los que le dan su sentido u objetivo e impulsan nuestras declaraciones en dirección al misterio. Por ejemplo, cualquiera puede decir: “Dios es amor”. Pero no será una declaración que tenga ningún sentido cristiano a menos que su contexto sea una comunidad que verdaderamente ame, por muy torpe que pueda ser este amor y con unas limitaciones que no parezcan tener fin. Si decimos que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, pero no existe el menor signo de resurrección en nuestras propias vidas, en tal caso podemos seguir hablando de la resurrección hasta la venida del Reino, pero nuestras palabras no significarán nada. Vendría a ser algo así como si un hombre procedente de un país en el que está prohibido el alcohol, se pusiera a hablar de los placeres asociados a saborear un buen vino –lo cual, dicho sea de paso, es una característica de los dominicos, como tendremos ocasión de ver más adelante. Las palabras de este hombre carecerían de un contexto en el que pudieran tener algún sentido.

A menudo solemos quejarnos de la inmensa ignorancia de los jóvenes a propósito del cristianismo. Pero sería una pérdida de tiempo elaborar más documentos, más vídeos, ni más programas

de radio y de televisión, a menos que simultáneamente realicemos un verdadero esfuerzo por hacer de la Iglesia un espacio de libertad, valentía, alegría y esperanza manifiestas. Debemos elegir con el máximo cuidado las palabras que decimos. La verdad es importante. Pero nuestras palabras no tendrán ninguna utilidad a menos que estén enraizadas en unas comunidades que pongan de relieve que dichas palabras apuntan más allá de nosotros, en dirección a aquél que ha salido en nuestra búsqueda y nos ha dado su Palabra. San Antonio de Padua, el predicador franciscano del siglo XIII, se quejaba de que la Iglesia de su tiempo estaba “hinchada de palabras”. Las cosas no han cambiado mucho desde aquel entonces. Seguimos redactando vastas cantidades de documentos, además de largos y tediosos sermones, pero a menos que las personas puedan percibir el sople de libertad que se desprenda de nuestras propias vidas, nuestras palabras contribuirán a darle la vuelta a la predicación del evangelio.

El sentido del cristianismo no es otro que apuntar al sentido de nuestras vidas, que es Dios. La esperanza es la confianza firme en que la existencia del hombre tiene un objeto último. De no ser así, el cristianismo y toda la religión no serían más que una pérdida de tiempo. En razón de ello, el capítulo 1 analizará lo que significa la esperanza y cómo podría manifestarse en nuestras propias vidas. De hecho, la totalidad de este libro pretende ser un análisis acerca de nuestra esperanza. Pero nuestra fe no estriba en que debamos luchar denodadamente por abrirnos camino hacia Dios, como el objetivo distante y remoto de nuestros esfuerzos, al igual que hacen Frodo y Sam en *El señor de los anillos* recorriendo su penosa andadura en dirección a Mordor. Nuestra fe reside en que Dios ha salido en nuestra búsqueda y nos ha encontrado. Dios está verdaderamente presente en las vidas de todos los seres humanos, al margen de que pueda no ser nombrado y reconocido como tal. De modo que el objeto de nuestra esperanza, nuestro destino último, ya está ciertamente presente de alguna forma en el aquí y ahora. Los predicadores no llevamos a la gente hacia Dios; antes bien, nos limitamos a nombrar al Dios que nunca ha dejado de estar ante

nosotros. Los cristianos sostenemos la creencia de que esta presencia de Dios entre nosotros se manifiesta bajo la forma de libertad, felicidad y amor. Estos son los primeros frutos del Reino. En razón de ello, los capítulos 2 y 3 analizarán si el cristianismo incluye una invitación a participar en alguna modalidad curiosa y desconcertante de libertad y de felicidad. No he dedicado ningún capítulo al amor, lo que tal vez pueda parecer sorprendente, porque el amor es la forma que adopta la totalidad de la vida cristiana, de manera que cada uno de los capítulos de este libro tomados por separado constituyen en cierto sentido una indagación acerca de lo que verdaderamente significa amar.

Llegados a este punto, resulta evidente que el acceso a la verdadera libertad y felicidad requiere una profunda transformación por nuestra parte. La libertad no consiste únicamente en elegir entre distintas alternativas, y la felicidad es algo más que una mera emoción agradable. Una y otra implican tomar parte en la vida de Dios, y ello exige de nosotros una suerte de morir y de resucitar. Esto puede parecer ciertamente inquietante. Se necesita valor y fortaleza para permitir que el Dios que está con nosotros pueda liberarnos y llenarnos de dicha. Este es el tema del capítulo 4 y esta es la virtud que con la máxima urgencia necesitamos en la Iglesia actual. También resultará evidente, espero, que el volvernos libres y el experimentar la felicidad consiste en algo más que unos meros procesos mentales. El hecho de ser humano está profundamente vinculado a nuestros cuerpos. No se trata únicamente de que tengamos unos cuerpos, sino de que somos corpóreos. Nuestra corporalidad supone un elemento fundamental para la práctica totalidad de la enseñanza cristiana. No podemos comprender nuestra esperanza, nuestra felicidad, ni nuestra libertad, si no tenemos cierta comprensión de lo que significa ser corpóreos. Todo esto lo indagaremos en el capítulo 5. En el capítulo 6 analizaremos si el hecho de ser cristiano implica que entendemos la veracidad de una forma distintiva. Una vez más, no se trata de que los cristianos seamos más veraces que los demás, lo que nos permitiría reivindicar un elevado fundamento moral. No existe ninguna evidencia de que

esto sea así. Se trata más bien de que tenemos un concepto un tanto singular de lo que implica ser veraz.

San Agustín describió a la humanidad como “la comunidad de la verdad”, lo que nos conduce de forma natural a la siguiente cuestión, que no es otra que la unidad de la humanidad. Estar orientado hacia Dios no consiste únicamente en creer que Dios es el objetivo de mi peregrinación personal a lo largo de la vida y la muerte. Creemos firmemente que es en Dios donde la humanidad encontrará su unidad y su sentido últimos. Al margen de la humanidad, soy un ser incompleto e inacabado. Por esta razón, los capítulos 7 y 8 analizarán lo que para nosotros significa creer en la unidad última de la humanidad y cómo podría ello afectar a la forma en que vivimos los cristianos. Pero la desunión entre los cristianos y dentro de nuestras Iglesias daña gravemente nuestro testimonio acerca de la unidad de la humanidad, razón por la cual en los capítulos 9 y 10 analizaremos la posible forma de sanar la desunión y la polarización dentro de la Iglesia actual. Finalmente, concluiremos reflexionando acerca de lo que para nosotros significa descansar, guardar el *šabbat*,\* y con ello apuntar al descanso final que la humanidad está llamada a compartir con Dios. El libro nos conducirá, pues, de la esperanza al signo más elocuente de nuestra esperanza, que no es otro que sentirnos a nuestra anchas, como si estuviésemos jugando, *homo ludens*, en el aquí y ahora. Por el hecho mismo de no esforzarnos exageradamente por llegar a ninguna parte, manifestamos nuestra esperanza de que nuestras vidas desembocan ciertamente y en última instancia en algún lugar, en el Reino de Dios.

Les estoy agradecido a mis hermanos de Blackfriars (Oxford), cuya amistad y predicación me han enseñado la mayoría de las cosas que aparecen en este libro. Me siento especialmente agradecido hacia el también dominico Vivian Boland, por prestarse a

---

\* *N. del T.*: *Sabbath* en el original inglés, *šabbat* en hebreo; esto es, el día de descanso [sábado entre los judíos, domingo entre los cristianos]. En lo sucesivo se ha optado por conservar la voz hebrea (también *shabbat*), tal como aparece a lo largo del Antiguo y el Nuevo Testamento.

leer el texto mecanografiado y ofrecerme sus ánimos y su ayuda. Soy consciente de que al decidirme a analizar qué sentido tiene ser cristiano, lo hago desde mi condición de miembro de una determinada tradición en particular, como dominico y como católico romano, pero también tengo la esperanza de que mis reflexiones puedan tener algún sentido para los cristianos de otras tradiciones, con las que también me siento en deuda.